

Leonora Carrington: La dama astral

A sus casi setenta y cinco años de interior existencia, rodeada, tal como yo la imagino, de caballos parlanchines, mujeres-plantas y aves estrambóticas, Leonora Carrington (Gran Bretaña, 1917) ha dejado de ser, por fin, en nuestro país, una leyenda ignorada.

Hasta ahora, de ella sólo poseíamos el deslumbramiento. Sin embargo, a partir de la reciente publicación de algunos de sus cuentos por la editorial Siruela, sin duda esta mujer pintora, narradora, dramaturga, escenógrafa, alquimia del surrealismo, ampliará, para bien o para mal, el pequeño círculo de conjurados que ya poseía y que la ha convertido en un fantasmagórico *mito involuntario*. Y aunque ella misma es culpable de anonimato, pues siempre ha rehuido la farsa pública, contribuyendo así a su propia «deificación», era justo romper de una vez por todas con esa imagen cristalizada para poder profundizar libremente en la totalidad de su obra artística.

La propia Carrington, en una carta a Henri Parisot, traductor y fiel amigo personal de la autora desde sus inicios, a raíz de una reedición de *En bas (Abajo)*, se queja amargamente de semejante parálisis hibernal, defendiendo ante los posibles nuevos lectores su «Espíritu Viejo», su «Honorable Decrepitud»: «Ya no soy la muchacha fascinante que pasó por París, enamorada; soy una anciana que ha vivido mucho, y *he cambiado*. Si mi vida vale algo, yo soy el resultado del tiempo. Así que no pienso reproducir otra vez la imagen de antaño. Jamás dejaré que me petrifiquen en una supuesta “juventud” que ya no existe... Semejante a un viejo topo que nada bajo los cementerios, me doy cuenta de que siempre he estado ciega...» Concluyendo con su habitual humor agridulce: «YA NO ME QUEDA NI UN SOLO DIENTE.»

Por otra parte, la mayoría de sus obras literarias vieron la luz mucho después de ser escritas, y no en su versión original (mezcla, a veces, de tres idiomas diferentes, castellano, inglés y francés), sino ya traducidas. Es el caso de *Open, stone door*, publicada por Henri Parisot con el título de *La porte de pierre*, o de *The Ear trumpet*, rebautizada *Le cornet acoustique*. Muchas otras, además, permanecen inéditas o son inencontrables, como *The History of Little Francia*, *L'Oncle Sam Carrington*, *Abbatue*

par la tristesse ou Arabelle, *Le Chameau de sable*, *La mouche de M. Gregoire*, etcétera. Por no hablar de la escasez de catálogos sobre su producción pictórica.

Lo cierto es que resulta imposible, una vez sospechada su biografía o leído cualquiera de sus relatos, resistirse a la tentación de crear un halo, siempre engañoso, alrededor de «sombra» tan fulgurante. Su vida descodificada, sus destellos oníricos, a un tiempo lúcidos e infantiles, alimentan incluso la imaginación menos despierta. Por eso no es extraño que, hasta hace muy poco, conocer a esta «dama astral» se hubiese convertido en una especie de obsesión, de viaje en el que embarcarse hacia no se sabía dónde y desprovistos de cualquier mapa.

Al menos para mí. De hecho, qué grata fue mi sorpresa al descubrir que aún vive: a caballo entre México y Estados Unidos, ese país «polvoriento» donde uno de sus personajes más próximos —la desbordante anciana de *Le cornet acoustique*— había jurado no asentarse jamás, pues, en caso de hacerlo, ya no podría explorar el lugar de sus sueños, y se pasaría el resto de su vida añorando los bosques poblados de hechiceras y de anémonas salvajes.

Juan Abeleira